

8/12/63

Horizontes de la Cultura

CALVINO

Y

LOS
SIMBOLOS

por Diego Mirán

Cuando Italo Calvino era un adolescente, los "camisas negras" de Mussolini trataban de remedar el Imperio Romano. El disfraz era demasiado vasto para un pueblo que, ahito de historia y que inteligentemente no quería ya tomarse en serio, prefería salir del "impasse" de la primera post-guerra de una manera más sobria y efectiva. El que luego sería novelista fue obligado, como toda la "giovinetta", a participar de la fanfarria fascista. Cuando la aventura terminó con el derrumbe de la dictadura y con la lucha interior tan sangrienta como la guerra misma, Calvino tenía 23 años. Su obra, a partir de ese momento, sería un testimonio vivo de esa etapa, el testimonio puro de un alma no comprometida en la divergencia, libre en cuanto no quería ni esa gloria acartonada que buscaba el absolutismo ni tampoco la humillación que aquél condujo a los italianos.

Calvino se ha situado precisamente, tanto en el tema cuanto en el estilo de su narrativa, en la línea ecléctica: no cultiva ni el realismo o neo-realismo a lo Moravia o Pratolini, ni la fantasía a lo Pavese o Buzzati. Más bien hace ambas cosas a la vez, mezclando verdad y poesía en un nivel en que una y otra afectan juntas y en igual grado la sensibilidad del lector contemporáneo. Tampoco, frente al fascismo, que selló su personalidad con los estigmas de una escuela deformante, adopta la postura del fiscal que pronuncia la requisitoria. Si el fascismo sale mal parado de sus libros es porque, de por sí, el cuento político que contó a Italia y al mundo era ridículo y peligroso. Lo importante es el hombre de quien nacen estas confidencias que son "Los idilios y los amores difíciles" y "Memorias y vida difíciles" sus dos grandes libros —ambos editados en nuestra lengua por Editorial Losada en su excelente serie "Novelistas de nuestra época"—, y la tremenda resonancia que encuentra en quienes lo leen. El hombre —Calvino— que se salvó de la distorsión, de la mentira, de la perversión, y que relata su paso por la primera vida afrontando las "dificultades" que para un carácter íntegro comportaba: grandes monstruos o insignificantes hormigas, los personajes son expresiones de la poquedad insolente, del resentimiento y el fracaso. Monstruos como aquellos hermanos Bagnasco, matones porque creen ser odiados con el odio que a ellos los posee, u hormigas como aquellas que desalojan al desocupado de la casita pueblerina y contra cuya imperforable nimiedad no es posible entablar batalla. Al fin y al cabo, símbolos de una situación, de un estado social.

Rápidamente Italo Calvino ha ganado un lugar firme en la literatura contemporánea. Y es un escritor "hors serie", que resulta arbitrario encajar en las claves de hoy, ni "objetivista" ni "metafísico", ni "beat". Sólo Calvino. Lo que ya es una garantía de su singularidad sin pareja, que se asienta en el uso de un lenguaje coloquial —narrar es, en última instancia, conversar—, en el retrato de un pueblo vivo e identificable, en la conversión de hechos posibles en alegorías rotundas de psiquis y conflictos.

Si algún día es necesario reconstruir, no la historia de la Italia de Mussolini, sino la historia íntima de la juventud que fue modelada por el troquel delirante del fascismo, y que nunca llegó a ser, pese a los himnos, una "primavera de belleza", habrá que acudir a la novela de Calvino, escrita hoy para siempre.